

Mensaje doce

**El recobro interno mediante la vida
con miras a llevar a cabo la economía de Dios**

Lectura bíblica: Ez. 36:21-38

I. “Hijo de hombre, pon tu rostro contra el monte Seir y profetiza contra él”—Ez. 35:2:

- A. Que el juicio sobre Edom se repita aquí (cfr. 25:12-14) indica que en el proceso del recobro que Dios efectúa mediante la vida, todavía hay necesidad del juicio de Dios, particularmente sobre Edom, que tipifica al viejo hombre (véase la nota 1 del v. 12):
1. El viejo hombre se refiere a la vida natural en nuestra alma; el viejo hombre es nuestro propio ser, que fue creado por Dios, pero que cayó por medio del pecado, y es lo mismo que el primer “yo” en Gálatas 2:20.
 2. Anteriormente, nuestra alma actuaba como una persona independiente, teniendo al viejo hombre como su vida y personalidad; ahora, puesto que el viejo hombre fue crucificado (Ro. 6:6), nuestra alma debe actuar solamente como órgano de Cristo y debe estar bajo el control de nuestro espíritu, teniendo a Cristo como su vida.
 3. Debido a que es muy difícil tomar medidas con respecto al viejo hombre, el juicio sobre éste tiene que repetirse una y otra vez hasta el día de la redención de nuestro cuerpo—Ef. 4:30.
- B. A fin de recobrarnos y hacer de nosotros el nuevo hombre, Dios tiene que juzgar nuestro viejo hombre, nuestra vieja creación—Ro. 6:6; Ef. 4:22-24; Col. 3:9-11.

II. Con miras al recobro interno de Su pueblo, Dios actúa por causa de Su santo nombre—Ez. 36:21-23; Mt. 6:9; Is. 29:23:

- A. En Su recobro, Dios actúa por causa de Su santo nombre—cfr. Ef. 1:4; Ap. 21:2.
- B. Hemos sido recobrados y avivados no debido a algún mérito que haya en nosotros mismos, sino debido a que Dios realizó algo en nuestro ser por causa de Su propio nombre—cfr. 2 Ti. 1:9; Tit. 3:5; 1 P. 3:15.

III. Con miras al recobro interno de Su pueblo, Dios aplica Su redención jurídica a ellos a fin de que sean lavados con la sangre preciosa de Cristo—Ez. 36:25; 1 P. 1:18-19:

- A. El agua limpia mencionada en Ezequiel 36:25 se refiere a la sangre que nos redime y nos lava, la cual es una fuente abierta y que nos lava por el pecado y por la impureza—Zac. 13:1; cfr. Nm. 19:2-10.
- B. El Señor nos lava de toda nuestra inmundicia, que incluye toda clase de cosas pecaminosas, injustas, impropias y tenebrosas—1 Jn. 1:7, 9; cfr. Ef. 5:8-9.
- C. El Señor nos lava de todos nuestros ídolos—Ez. 14:3; 1 Jn. 5:21; Col. 1:18b.

IV. Con miras al recobro interno de Su pueblo, Dios aplica Su salvación orgánica a ellos para darles un corazón nuevo y un espíritu nuevo, de modo que ellos puedan ser deificados a fin de llegar a ser una nueva

creación, la Nueva Jerusalén—Ez. 36:26; 2 Co. 5:17; Ap. 21:2; Sal. 51:10; 78:8; 1 P. 3:4:

- A. Mientras nos encontremos en una condición caída o descarriada, con respecto al Señor nuestro corazón es de piedra, un corazón duro, y nuestro espíritu está en condición de muerte—Ef. 2:1; 4:18:
1. Cuando el Señor nos salva o aviva, Él renueva nuestro corazón haciendo de nuestro corazón de piedra un corazón de carne, esto es, un corazón suave y amoroso para con Él—cfr. 2 Co. 3:3.
 2. Más aún, Él vivifica y renueva nuestro espíritu con Su vida divina—Col. 2:13.
 3. Como resultado de ello, amamos al Señor, le anhelamos con nuestro corazón renovado y podemos contactarle, recibirle y contenerle al ejercitar nuestro espíritu renovado.
- B. El Señor nos da un corazón nuevo para que le amemos—Mr. 12:30:
1. Nuestro corazón es nuestro representante en lo que se refiere a nuestras inclinaciones, afectos, deleites y deseos—cfr. Mt. 15:8.
 2. Nuestro corazón es nuestro representante en acción, nuestro agente que actúa—cfr. Pr. 4:23; Mt. 12:34-35; 15:18-19.
 3. Dios nos da un corazón nuevo porque Él desea que nosotros nos inclinemos por Él, le adoremos, le deseemos y le amemos—1 Co. 16:22; 2:9.
 4. A fin de preservar la novedad de nuestro corazón, debemos mantener nuestro corazón vuelto al Señor y buscar la pureza, al amarle con todo nuestro corazón—Mr. 12:30; 2 Co. 3:16-18; Mt. 5:8; Pr. 4:20-23; Sal. 119:2, 11:
 - a. Nuestro corazón necesita ser suave—Ez. 36:26; cfr. Mt. 13:19; 2 Co. 5:10-11a; Is. 11:2; Ro. 8:28.
 - b. Nuestro corazón necesita ser puro—Mt. 5:8; 2 Ti. 2:22.
 - c. Nuestro corazón necesita ser amoroso—Ef. 3:17, 19; 2 Co. 5:14.
 - d. Nuestro corazón necesita estar en paz—Hch. 24:16.
- C. El Señor nos da un espíritu nuevo para que le recibamos y contactemos—Jn. 4:24:
1. Los cielos fueron hechos para la tierra, la tierra fue hecha para el hombre, y el hombre fue creado por Dios con un espíritu a fin de que pudiese contactar a Dios, recibir a Dios, adorar a Dios, vivir a Dios, cumplir el propósito divino en pro de Dios y ser uno con Dios—Ro. 8:16; 1 Co. 6:17.
 2. Que nosotros tengamos un espíritu nuevo significa que nuestro espíritu viejo y en condición de muerte ha sido vivificado por medio de la regeneración—Ef. 2:1; Jn. 3:6.
 3. En su astucia, Satanás ha escondido de la mayoría de los cristianos el asunto del espíritu humano; el espíritu es una parte del hombre que ha sido ignorada—Gn. 2:7; Pr. 20:27; Zac. 12:1; Jn. 4:24; 1 Ts. 5:23; cfr. Jud. 19-21.
 4. A fin de preservar la novedad de nuestro espíritu, debemos ejercitar nuestro espíritu continuamente para contactar al Señor, de modo que podamos andar, vivir y tener nuestro ser en el espíritu y conforme al espíritu—Ro. 8:4; 6:4; 7:6; 1 Co. 6:17:
 - a. Debemos invocar el nombre del Señor—Ro. 10:12.
 - b. Debemos orar-leer Su palabra como Espíritu—Ef. 5:26; 6:17-18.

- c. Debemos estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo—1 Ts. 5:16-18.
- d. Debemos avivar el fuego de nuestro espíritu y no apagar al Espíritu—2 Ti. 1:6-7; 1 Ts. 5:19.
- e. Debemos practicar el profetizar para la edificación de la iglesia y no menospreciar las profecías—v. 20; 1 Co. 14:4b, 31-32.

V. “Pondré dentro de vosotros Mi Espíritu y haré que andéis en Mis estatutos, y guardaréis Mis ordenanzas y las pondréis por obra”—Ez. 36:27:

- A. Con miras al recobro interno de Su pueblo, Dios no solamente nos da un corazón nuevo y un espíritu nuevo (v. 26), sino que también pone Su Espíritu en nuestro interior, esto es, en nuestro espíritu, con lo cual hace de los dos espíritus un solo espíritu mezclado (Ro. 8:9, 16) y hace que seamos un solo espíritu con Él (1 Co. 6:17).
- B. El Espíritu de Dios que está en nuestro interior contiene la naturaleza de Dios, y la naturaleza de Dios corresponde con la ley de Dios; debido a que tenemos la naturaleza de Dios en nuestro interior (2 P. 1:4), podemos guardar Su ley espontáneamente al andar conforme a nuestro espíritu regenerado, donde mora el Espíritu Santo (Ro. 8:4; Gá. 5:16, 22-23, 25).
- C. Que el Señor nos haga andar en Sus estatutos se refiere a la ley (el principio automático; la función innata y automática) del Espíritu de vida (Ro. 8:2); esto equivale a que el Señor nos guíe para que andemos por sendas de justicia por amor de Su nombre (Sal. 23:3).
- D. El justo requisito de la ley se cumple de manera espontánea y automática en aquellos que andan conforme al espíritu—Ro. 8:4, 2.
- E. El Espíritu juntamente con nuestro espíritu es la clave, el secreto, de la salvación orgánica que Dios efectúa—v. 16; 5:10.

VI. Como resultado del recobro interno mediante la vida, los lugares desolados y desiertos vendrán a ser como el huerto del Edén—Ez. 36:34-36:

- A. El recobro del Señor debería llegar al punto en que es como el huerto del Edén.
- B. En “el huerto del Edén” tenemos a Cristo como planta de renombre (34:29), Cristo como árbol de la vida con el rico suministro de alimento (Ap. 2:7; 22:14).

VII. En Su recobro mediante la vida, el Señor desea multiplicar nuestros “hombres como un rebaño”—Ez. 36:37-38:

- A. El Señor ha prometido multiplicarnos, al llenar las ciudades desiertas “de rebaños de hombres” (v. 38), pero de todos modos necesitamos inquirir ante Él, pidiéndole que haga lo que Él desea hacer—Lc. 10:2.
- B. No debiéramos decir que no nos importan los números y que éstos no significan nada; debemos orar por tal aumento, reclamando la promesa hecha por el Señor en Ezequiel 36; debemos recordar que la calidad viene de la cantidad.
- C. Debemos orar al Señor para que nos dé el aumento numérico y para que Él añada rebaños de hombres—cfr. Jn. 4:4-8, 28-30, 39-42; Lc. 19:1-10.